





por Pastena en el puenito de Scafati, y por el barón de Módena en las inmediaciones de Aversa, miraba las fuerzas navales francesas como enemigas, y al verlas alejarse se llenó insensato de júbilo, prompuendo sin reserva en los mayores dicterios contra Francia en general, y contra el duque de Richelieu, el marqués de Fontenay y el cardenal Mazarino.

Pasado el temporal, volvió á aparecer la armada en el golfo el día 27; salió á su encuentro la española, trabóse combate, pero flojamente y sin suceso decisivo; y fundó el duque de Richelieu detrás de Nisida. Desde allí pidió socorro de viveres al de Guisa, este le respondió secamente, que Nápoles los necesitaba; con lo que desabrió el almirante, y sabedor de las bravatas y fieros del desvanecido príncipe, dió la vela y desapareció, llevándose además un bergantín cargado de grano que venía para los rebeldes. Esta brusca partida contentó mucho al duque de Guisa, sin conocer que aseguraba el triunfo á los españoles; pero los napolitanos, que ignoraban las pasiones de unos y de otros, los manejos ocultos y las verdaderas instrucciones que tenía la armada del Rey Cristianísimo, quedaron atónitos y desanimados viendo partir aquellas fuerzas que con tanto empeño habían solicitado, y en las que habían fundado con razón todas sus esperanzas (1). Así pues quedaron realizados los sagaces cálculos del conde de Oñate, del duque de Arcos, de don Juan de Austria y los deseos de cuantos tenían verdadero interés por la corona de España.

Libre el duque de Guisa de tan importunos testigos, dió rienda suelta á su ánimo jactancioso, á su propensión al lujo y vana pompa, y á su debilidad por el bello sexo (2). No descuidaba, es verdad, la guerra, y no dejaba de mostrarse justiciero, con exceso tal vez; pero hablaba mucho y con escasa discreción; ostentaba un boato que contrastaba con la miseria pública, y hacía desdarándamente, sin pudor ni miramiento, la corte á la hermosa viuda del desdichado Toraldo, y á una hermana de su capitán de guardias Lieto (3). Este y el licenciado Millon, que eran sus íntimos favoritos, ostentaban también un lujo insultante, y echaban mano para sustentarlo de los más sórdidos manejos (4). Todo esto causó el efecto natural en el pueblo, y el mismo duque de Richelieu, ántes de ausentarse la última vez, tuvo á bordo mensajeros secretos para hacerle saber aquellos excesos y escándalos, y que la nación no quería tal jefe; y después marcharon con gran sigilo comisionados á Roma para quejarse al marqués de Fontenay de la depravada conducta del duque (5).

Mientras este se lisonjaba ciego de ceñir pronto una corona, que alejaba de sus sienas con su poco tacto y liviano proceder, su fiel amigo y leal servidor el barón de Módena trabajaba para proporcionársela, y darle triunfos que contrabalancasen sus desaciertos, y aprovechando las ventajas conseguidas por Papone y por Pastena, apretó con tesón la ciudad de Aversa. Hallábase ya en ella en grande apuro el general Tuttavilla, pues con sólo la caballería de la nobleza, muy mermada, era imposible defenderla. Pidió socorro de infantería al Virey; pero este no tuvo de donde enviársela; y se contentó con excitarle á resistir con firmeza todo ataque. Mas viéndose aquel valiente y entendidísimo militar estrechado muy de cerca, que empezaban á ser distintos los pareceres de los nobles, cuyas eran las fuerzas con que contaba, y que algunos de ellos, como lo hizo el duque de Maddalona, se retiraban sin contar con él, llevándose su gente; convocó un consejo de guerra donde, leídas las órdenes del duque de Arcos, expuestos los medios de defensa, y debatidas las probabilidades de su éxito, se acordó por mayoría, como consta del acta de aquella reunión, que tenemos á la vista, abandonar á Aversa, y marchar á reforzar la guarnición de Capua, plaza mucho más importante, y necesitada de gente que la defendiera. Ejecutóse inmediatamente, aquella misma noche, esta resolución; pero no con tanto orden como hubiera sido de desear, y con precipitación tan grande que quedaron abandonados graneros inmensos atestados de trigo y forrajes. El barón de Módena ocupó la plaza al amanecer, viéndola abandonada; se apoderó de todos los repuestos, picó la retaguardia de los fugitivos, y avisó al duque sin pérdida de momento. Marchó este en persona inmediatamente á tomar posesión de tan importante conquista; y ó ya que miró con envidia al hábil general que la había conseguido, ó ya que ufano y envanecido con haber depuesto á Annese, y alejado á Richelieu, le ofendieron los buenos consejos del amigo, ó porque el veneno que habían derramado en su corazón los nuevos peridos confidentes había hecho su efecto, trató al barón de Módena con un desprecio, con una altanería, con una ingratitude tan ajenas de aquel momento, tan en disonancia con el importante servicio que acababa de hacer á su causa, y manifestadas con tan poco mi-

(1) De Santis. — Comte de Modène.  
(2) M. Marie Tourge-Loredan.  
(3) M. Marie Tourge-Loredan.  
(4) Comte de Modène. — De Santis Agnello de la Porta.  
(5) De Santis.

ramiento á la vista de todos, que quedó el vencedor de Aversa harto humillado y ofendido (6).

El general Tuttavilla logró con dificultad suma llegar á Capua; tan grande fué el desorden de la retirada; y entró en ella casi solo. Los barones, roto el freno de la obediencia, como suele acaecer en los desastres, se dispersaron con sus fuerzas indisciplinadas; y unos se derramaron á guerrillear por su cuenta, otros se dirigieron á sus tierras sublevadas, para ver si las podían hacer entrar en razón, y otros, acercándose á Nápoles, ntablaron comunicación con el Virey. Este puso en consejo de guerra al valiente y desgraciado general, y nombró para sustituirlo á don Luis Podérico, que con algunas compañías de infantería y unos cuantos caballos borghones marchó en una galera á la boca del Volturno para trasladarse á Capua (7).

#### CAPITULO XXIII

Aunque alejada la escuadra francesa estaba verdaderamente perdida la rebelión napolitana, nunca en apariencia se vió más boyante, ni había contado con tan grandes ventajas. El ejército formado por la nobleza, respetable en caballería, estaba disperso. Papone, dueño de Sesa, Fondi & Itri, y engrosada considerablemente su banda, señoreaba un extenso territorio, sin dejar salir á los españoles de Capua y de Gaeta. Pastena, después de haberse apoderado del puente de Scafati, había vuelto triunfante por nuevos refuerzos á Salerno, y era dueño absoluto de tan importante ciudad. Con la toma de Aversa y de sus abundantes graneros, debía reinar la abundancia en Nápoles. Las primeras capitales de las provincias reconocían ya la suprema autoridad del duque de Guisa, seguían armadas y hacían continuas correrías contra los castillos que aun conservaban los barones, ó que aun estaban por el rey de España; con lo que la guerra era continua, general y encaminada al mismo fin en todo el reino; y hasta la importante persona del duque de Tursi, consejero y director de don Juan de Austria, estaba en Nápoles prisionera, víctima de un exceso de noble arrojo ó de ciega confianza. Pero el duque de Guisa, con su ligero é inconsiderado comportamiento, desperdió el fruto que podían haber producido tan felices coincidencias, pues creyéndose ya sin enemigos de ninguna especie, ó por mejor decir derrotados todos, se entregó á rienda suelta á sus pasiones, manifestó abiertamente su envidia á todo género de mérito, é hizo imprudente alarde de sus costumbres relajadas y licenciosas (8), con lo que apresuró su perdición y la de la causa que tan ligeramente y con tan fantásticos planes había abrazado. Descendió el sitio de Capua, donde por falta de dinero se insubordinaron las tropas, padeciendo el honrado barón que las mandaba serios descalabros. Desaprovechó el recurso de los graneros de Aversa, entregándolos á la codicia de logrerros, con lo que no remedió sino aumentó la carestía de Nápoles; y por más que los hombres sensatos de la revolución, que deseaban consolidarla, asegurando la independencia nacional, le instaban para que organizase la república, y le indicaban el modo de hacerlo pronto y de la manera más conveniente para el país; persistió en permanecer él solo á la cabeza de la sublevación desorganizada, obrando según su capricho, y como absoluto despota sin regla ni concierto.

Por aquellos días recibió don Juan de Austria pliegos de España, con poderes amplios para hacer todo cuanto considerase necesario para acabar con la rebelión, y para asegurar el dominio de Nápoles, y ofreciéndole pronto socorro, y trató de corresponder dignamente á esta confianza de su padre y de su Rey. Divulgada la noticia, que oyó con imbecil desprecio el duque de Guisa, aunque debió haber conocido que había hecho gran mérito en los napolitanos; Genaro Annese y su partido por un lado, y por otro los *capas-negras*, que ya conocían que la Francia había levantado la mano, manifestaron reservadamente al príncipe español que no le sería difícil concertar un ventajoso acuerdo, como no interviniese en él el Virey, cuyo nombre era odioso á la nación. También los barones que guardaban en distintos puntos se pusieron de acuerdo entre sí, y le enviaron un mensajero rogándole que tomase el vireinato y alejase al duque de Arcos; con lo que podría lograrse fácilmente, en una avenencia, el fin de tantas calamidades.

Don Juan, de ánimo generoso y benigno, y ajeno de toda ambición, resistía el despojar á una autoridad legítima para ponerse en su lugar; pero apretado por todas partes, y convencido de que el odio del duque era un obstáculo invencible para la deseada pacificación, juntó un numeroso consejo en Castelnuovo. Discutióse en él detenidamente si era ó no posible tranquilizar el reino bajo el gobierno del Virey; si convenía ó no destituirlo; y si el príncipe, en virtud de sus poderes, podía ó no verificarlo, y tomar su lugar. Los tres puntos, des-

(6) Comte de Modène. — M. Marie Tourge-Loredan.  
(7) De Santis. — Capeclatro, MS.  
(8) M. Marie Tourge-Loredan.

pues de largo debate y de razones de mucho peso, expuestas por las distintas opiniones, se decidieron por considerable mayoría de votos en contra del duque de Arcos, el cual resignó allí mismo su autoridad y entregó el bastón, despedido al considerar que otro iba á coger el fruto de su obstinada paciencia y de su lentísima astucia; pues menester es confesar que si su debilidad, imprevision ó falta de energía primero, y luego sus imprudentes arrebatos, pusieron las cosas á punto de perdición; su constancia inflexible en los reveses, esperándolo todo del tiempo, y su funesta habilidad, no envidiable, en atizar rencores, encender pasiones, y desunir, sin reparar en los medios, los ánimos de sus enemigos, tenían ya inminente la completa ruina de todos ellos, y el triunfo seguro de las armas españolas. — Despojado pues del mando y sustituido en él por un príncipe de sangre real y de altas esperanzas, partió el 28 de enero de 1648, en una galera, para Civitavecchia, llevando tras sí la maldición de todo el pueblo. Pero sea dicho en elogio de su probidad, tan pobre, que tuvo que buscar prestado el dinero indispensable para los gastos del viaje (9).

Tomó el señor don Juan el título de Virey interino. Publicó en Nápoles y esparció en el reino una proclama escrita con mucho tacto, que hizo un efecto maravilloso, y despachó á Madrid un correo con relación circunstanciada de lo acaecido; y pocos días después, ó para probar lo seguro que estaba de recobrar el dominio de la ciudad y del reino todo, ó porque realmente fuese deplorable el estado de la armada, determinó privarse de su apoyo, y de un medio de retirada, y la envió á Puerto Mahon.

No dejó de inquietar al duque de Guisa aquel cambio, y trató de ganarse á toda costa al duque de Tursi, tan influyente en el ánimo del nuevo Virey, y á quien como hemos apuntado tenía prisionero, y no muy generosamente tratado; mas habiéndose estrellado su plan en la entereza del noble anciano, despreciador de halagos y de amenazas, de palabras blandas y de groseros insultos, determinó ganar con las armas en la ciudad ventajas tales, que aumentaran su prestigio y deshicieran las esperanzas que empezaban á fundarse en el príncipe austriaco. — Reunió un cuerpo escogido de tres mil hombres, y atacó con él vigorosamente el arabal de Chiaja y su ribera. Apoderóse sin gran resistencia del torreón de Piedigrotta, y en seguida de la iglesia de San Leonardo sobre el mar, y se derramaron los vencedores á saquear y ejercer todo género de violencias en los habitantes de aquel barrio poco entusiasta de la rebelión. Orgulloso el duque con esta victoria, quiso embestir á Puzzoli, pero volvieron de allí sus tropas escarmentadas.

El señor don Juan, con prudencia muy superior á sus años, anudó diestramente las negociaciones rotas por culpa de su antecesor, tanto con Genaro Annese cuanto con los *capas-negras*, y no se desdichó en comunicar órdenes á los barones que obraban fuera de Nápoles para que se reunieran de nuevo; con lo que algunos vinieron disfrazados á tomar personalmente sus órdenes, y á ponerse completamente á su disposición.

Los tratos secretos entre los populares descontentos y el nuevo Virey empezaron á abrir camino á un arreglo, y aun se cruzaron proposiciones no desatendibles. Aquellos pedían la ocupación de uno de los castillos, la intervención en la elección de autoridades, y la facultad de enviar embajadores á Roma, bajo cuya protección se había de hacer el ajuste. Este contestaba que el pueblo ocuparía los muros y puertas de la ciudad, y conservaría el torreón del Cármen; que intervendría en el nombramiento de funcionarios públicos, exceptuándose el de Virey, el de general de la armada y el de gobernador de los castillos; y que podría enviar comisionados á la corte pontificia. Pesábanse secretamente estas demandas y estas concesiones, cuando algunos favorables sucesos vinieron á reforzar el prestigio del príncipe español; pues si tuvo el descalabro de que las galeras San Francisco de Borja y Santa Teresa fueron entregadas al pueblo por las chusmas, que se rebelaron y asesinaron á los cómitres y oficiales de mar; el príncipe de Rocaromana sorprendió y derrotó á Papone, libertando de su pesado yugo la Tierra de Labor, y restableciendo la comunicación entre Capua y Gaeta; y el duque de Bovino en un reñido encuentro destruyó á Pastena, en el momento que marchaba á apoderarse sin dificultad de Castellammare y de Torre de la Annunziata (10).

Estas ventajas adquiridas por las armas reales consternaron á los rebeldes; y viendo que no estaban contrapesadas con la toma de Aversa, pues que no se había remediado con ella el hambre de la ciudad, y reconociendo ya todos el error de haber rechazado los socorros de la armada francesa, fué universal el desprecio y el abatimiento. Aprovecháronse grandemente de él villano Genaro Annese, los ardientes partidarios de la soñada república, y los afectos á la paz á toda costa y á los

(9) De Santis. — Comte de Modène. — Capeclatro, MS.  
(10) De Santis. — Comte de Modène.

españoles, reuniéndose, como siempre acontece en ciertas circunstancias, los distintos partidos pequeños aunque opuestísimos entre sí, para destruir al dominante, y lisonjándose cada cual de que quitado el estorbo, supeditará luego á los otros sus aliados, triunfando sus ideas y sus peculiares intenciones. ¡Erró gravísimo y comun en todas las disensiones civiles!

El duque de Guisa, llena la cabeza de viento, confiado siempre en sus propios recursos, y abandonado siempre en brazos de infames favoritos, era el único en Nápoles que no conocía los peligros de la situación; y creyéndose con más fuerzas de las que realmente tenía, y contando siempre con el prestigio de su nombre, sin ver que andaba ya por tierra, determinó una embestida general y simultánea á todos los puntos de la ciudad ocupados por los españoles, jactándose de que en un momento y de un golpe iba á apoderarse de toda ella. Opusose á este descabellado proyecto el barón de Módena, que aunque ofendido y desairado por su príncipe, persistía á fuer de leal en aconsejarle; y le manifestó con sólidas razones, que la operación era de éxito muy dudoso, y que lo que convenía era estrechar á Capua y apoderarse de ella á toda costa; pero el presuntuoso manco despreció sus avisos y preparó el ataque, sin recatar de nadie su plan, ni reservar las instrucciones dadas á los distintos jefes que debían ejecutarlo; con lo que el príncipe Virey tuvo lugar de prepararse, de reforzar los puestos y de asegurar el éxito para sus banderas.

Dispuesto todo á medida del capricho del duque francés, que recibió de refuerzo para aquella jornada un número inmenso de bandidos que vinieron en su llamamiento, y de los restos de las tropas del derrotado Pastena, señaló el día 12 de febrero para el ataque general. Repartió la masa de tropas populares, no mal organizadas, en divisiones de dos y de tres mil hombres, mandadas por los jefes más expertos y animosos, quedándose él con una numerosa y escogida reserva en San Lorenzo. Prontas las columnas en sus puestos respectivos, y bien aleeccionados los jefes, se dió la señal de arremeter, y cada una por el camino trazado de antemano, se arrojó denodada sobre el puesto español, cuya expugnación le estaba encomendada; con lo que fué en un momento general el combate por toda la ciudad. Duró todo el día y gran parte de la noche furioso y encarnizado; y aunque el orden y el ímpetu de la acometida hubiera honrado al ejército mejor disciplinado y más valeroso, la defensa fué tan resuelta y gallarda que ni un solo puesto donde no desearan las enseñanzas españolas fué ganado por el pueblo (1). Y siendo tan desigual el número de los defensores, que cada uno de ellos tenía que pelear á la vez con diez asaltantes, quedó la victoria por las armas del Rey; siendo increíble el destrozo de las masas populares, que dos, cuatro, y seis veces volvían como perros rabiosos á las estacadas y papapetos, inexpuñables por el esfuerzo heroico de los españoles; pues lució tanto aquel tremendo día, que el mismo barón de Módena, sobre de elogiarlos, dice en sus memorias como testigo de vista; «el valor de los españoles adquirió muchos grados de gloria en tan importante jornada.»

Día de luto y de consternación fué para la angustadísima ciudad el que siguió á tan horrenda natanza. Sangre, y sangre napolitana corría por los arroyos de las calles; y lágrimas amargas por los rostros de sus habitantes. Cual buscaba al amanecer, entre los montones de muertos horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre; quién el de un hijo ó un hermano; aquella el de un esposo ó un amante; otros los de sus amigos y protectores; y todo era confusión y desprecio, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.

Furió el duque de Guisa culpando, con bien poca razón, de cobardes y de traidores á los jefes de las columnas, recorrió á caballo la ciudad, oyendo en toda ella gritar á los afligidos grupos: *Paz, paz queremos*; y no pocas veces ni en pocas partes: *viva el rey de España*; exclamaciones que le pintaban el estado de los ánimos, al abatimiento de las turbas, y el deseo general de reposo á cualquiera costa. Y para aumentar la desesperación de Nápoles y completar el día, los bandidos, que habían venido á tomar parte en tan desastrosa facción, y que pasaban de cinco mil, pidieron descaradamente la compensación ofrecida. El duque, por contentarlos, no pudiendo cumplir su oferta, les dió una escasa suma de dinero, con lo que enojados aquellos facinerosos, aprovecharon el luto y desfallecimiento general, atacaron y saquearon ántes de salir de Nápoles al barrio de San Antonio, sin que nadie se lo pudiese estorbar (2).

Nuevas proclamas del duque, y nuevos esfuerzos de sus partidarios calmaron poco á poco tan aflictiva situación; renacieron esperanzas del pronto regreso de la armada francesa, suponiendo que había ido á la isla de Elba á recoger más tropas de desembarco. El bandido Papone volvió á aparecer en las inmediaciones de Capua, repuesto de su

(1) Comte de Modène. — De Santis.  
(2) De Santis. — Comte de Modène.

derrota; y un numeroso cuerpo rebelde, mandado eventualmente por un francés aventurero, consiguió una señalada victoria, sorprendiendo otro de tropas napolitanas leales, mandadas por el marqués de Salsa, é de Buonabergo, don Pedro Spinola y otros caballeros que pelearon como buenos y murieron desastradamente. Tantas ventajas animaron mucho á los populares, haciéndoles olvidar la pasada rota, y trataron de apoderarse por inteligencia del importante puesto de Pizzo-falcone; pero fueron descubiertos los agentes de la trama, y ahorcados inmediatamente.

Aclarado un poco el horizonte, y tranquilizado algun tanto el espíritu público, insistieron los partidarios de la república en que no fuese esta una mentira, y en que se organizase como tal el Estado, saliendo del caos de confusión en que se hallaba, y que creían ser la causa de tanta alternativa y de tan poca consistencia. El duque de Guisa, viéndose estrechado de cerca, esquivó las exigencias de los republicanos, y fomentó un partido contrario que se opusiese abiertamente á ellas; con lo que llevó con su imprudencia habitual las cosas casi á punto de rompimiento; pues en la plaza del Mercado y en otros sitios de la ciudad hubo serios disturbios, en que sonaron encontrados los gritos de *viva la República, viva el duque de Guisa*; dando la contienda ocasión de que con buen aguiero llenasen también el aire las voces de *viva la paz y el rey de España*. Y por último el duque, para terminar aquel desorden fomentado por él mismo, pero que no giraba tan en su provecho como había creído, manifestó que quería organizar debidamente el gobierno republicano, arboló una bandera, que por un lado tenía sus armas y por otro las iniciales S. P. Q. N.; nombró una comisión para trabajar el proyecto de constitución y la forma que se había de dar al Senado, y acuñó moneda con su busto, y el sello y leyenda de la República napolitana (3).

#### CAPITULO XXIV

El señor don Juan de Austria, con gran tacto y discreción, aprovechaba las circunstancias todas, que debían apresurar el favorable desenlace de aquel sangriento y prolongado drama. Logró, como era de esperar, ausente el duque de Arcos, atraer al arzobispo Filomarino; y haciéndole olvidar pasados resentimientos, le obligó á poner nuevamente el peso de su influencia en la balanza. Estrechó relaciones con Genaro Annese, acaloró á Vicente Andrea y á los republicanos, y dió oportunas instrucciones á los *capas-negras*; con todo lo cual adelantó muchísimo en el camino de las negociaciones; y con tanto recato, habilidad y circunspección, que nada, nada pudo traslucir ni sospechar el ligero y atolondrado duque de Guisa: formando ciertamente un contraste singular el carácter de los dos príncipes.

Cerca estaba pues el triunfo que merecían los españoles por su constancia en mantenerse firmes contra los embates de la fortuna, cuando vino á reemplazar á don Juan en el cargo de Virey, que internamente y con tanto acierto desempeñaba, el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y de quien ya hemos hecho honorífica mención.

Alarmado el gabinete de Madrid con la noticia de la aunque saludable, pero legal deposición del duque de Arcos, juzgándole con harta razón de peligroso ejemplo, por más que hubiese recobrado la suprema autoridad en tan leal y generoso príncipe, hijo predilecto del soberano, se apresuró sabiamente á enviar un Virey con nombramiento real. Dudóse en la corte sobre la elección, y aun hubo en el consejo quien desastradamente propuso al duque de Medina de las Torres, ya conocido y muy poco amado de los napolitanos; pero afortunadamente recayó en el conde de Oñate. Eleccion feliz, pues este personaje había con su sagacidad y entereza ganado en Roma mucho crédito, aumentando en muchos quilates el buen nombre que heredó de su padre, famoso por los importantísimos servicios que había prestado en Alemania, ya descubriendo y contrastando la conjuración de Walstein, ya deshaciendo los atrevidos planes del esforzado Gustavo Adolfo. Recibió pues su nombramiento en Roma, avisó de él al señor don Juan, y el 2 de marzo de 1648 llegó á Nápoles con cinco galeras, dinero, municiones, y aunque poca, alguna gente de refuerzo. Desembarcó en el arsenal, saludado por la artillería de los castillos y combatido por la del torreón del Cármen, cuyos tiros le mataron dos galeotes del esquife, al momento de tocar en el muelle (4).

El señor don Juan de Austria como generoso príncipe, honrado caballero, reverente hijo y leal vasallo, acató las órdenes de su Rey y la voluntad de su padre, sin el menor descontento; despojándose gustoso de un mando que ejercía, no legalmente, sino por la fuerza indeclinable de las circunstancias, y lo entregó sin titubear y sin reserva al que venía en toda regla á ejercerlo. Y para que lo hiciera con mas acierto y mejor servicio de la

(3) De Santis. — Comte de Modène. — Capeclatro, MS.  
(4) De Santis. — Comte de Modène. — Capeclatro, MS.

corona, puso en sus manos todos los hilos de las negociaciones secretas; y le instruyó lealmente del estado de los negocios, dándole además muy sesudos é importantes consejos; á lo que el conde correspondió como debía á tan franco proceder, elogiando mucho la conducta observada, por el príncipe en los días que había gobernado el reino, y siguiéndose sus mismos pasos, no ejecutó en lo sucesivo nada importante sin tomar ántes su beneplácito.

Reconoció personalmente el nuevo Virey los castillos y puestos fortificados de Nápoles; circuló proclamas y ofertas de completo olvido por la ciudad y por las provincias; se puso en comunicación con las capitales subalternas del reino, y con todas las fortalezas mantenidas por las armas del Rey; envió oportunas órdenes y acertadas instrucciones á las columnas volantes, que cruzaban el país todo; socorrió con hombres, municiones, vituallas y dinero las plazas de Capua y de Gaeta; estrechó relaciones con Genaro Annese y con los *capas-negras*; animó con cartas y honrosos mensajes á los nobles que peleaban y sostenían el nombre español en sus feudos; y á los que estaban más inmediatos les rogó viniesen, como lo verificaron, á la ciudad para reforzar su guarnición.

Desconcertado el duque de Guisa con la actividad increíble del nuevo Virey, y por la facilidad y acierto con que organizaba sus recursos, empezó á sospechar que tenía minado el terreno que pisaba; pero en lugar de conocer que lo perdían sus nuevos favoritos, y su poco circunspecta conducta, se entregó más y más en brazos de ellos, y aumentó más y más los escándalos, llegando á tal punto de ceguedad, que como el barón de Módena, á pesar de verse en desgracia, sólo arrastrado de su buen celo por aquel ingrato príncipe, le rogase que mirara por sí y por su reputación, se indignó tanto que lo mandó prender, lo encerró sin comunicación, y dispuso que se le formase causa por una comisión militar creada expresamente (5). Este arbitrario é injusto proceder con militar tan valiente, tan entendido y tan estimado de todos, y algunas muertes violentas, que mandó dar á personas de gran valía entre el populacho, y los desórdenes de su vida privada, acabaron de disgustar completamente aun á sus más ciegos partidarios, llegando á ser ya tan poco respetada su persona y acatada su autoridad, y á hacerse el servicio de tan mala gana, que varios puestos de los más importantes de la ciudad quedaron algunas noches completamente abandonados.

No dejó de aprovechar este resfriamiento por el príncipe francés el villano Genaro Annese, pues se salía á caballo de su guardia para concitar contra él los barrios del Lavinaro y de la Congeria. Mas el duque, que al cabo era valerosísimo y jamás recataba su persona, volvió á atajar el desorden y á reprimir la osadía del arcabucero, que viéndose sorprendido y descubierta esté cobardemente é esconderse en su torreón. Húyó acontecimiento, el haber sido ahorcados después de padecer tormentos espantosos los fautores y cabezas de dos conspiraciones republicanas que se descubrieron, y la voz esparcida con oportunidad de que de un momento á otro volvía la armada francesa con fuerzas muy considerables, restablecieron algun tanto la opinión y autoridad del duque de Guisa, dando vida á nuevas esperanzas; y algunas ventajas conseguidas por Papone en las márgenes del Volturno, y por Pastena cerca del puente de Scafati, reanimaron el aliento del populacho.

El duque de Guisa, ó porque efectivamente esperase socorros, si no de la armada francesa, de algunos bajeles que le pudieran enviar sus agentes particulares; ó por dar á entender que los esperaba, quiso asegurarse de un buen fondeadero, como era indispensable en estación tan cruda, y discurrió en mal hora apoderarse de la isla de Nisida, que, colocada detrás de la punta de Posilipo, ofrece abrigo á embarcaciones de poco porte. Defendíala un castillejo con escasa guarnición española. Trató de ganar á esta con dinero, y viendo rechazadas sus ofertas, determinó acometer la isla, y lo verificó saliendo con corto aviso de Nápoles, al frente de unos cinco mil hombres, disponiendo que le ayudasen cuantas barcas de pescadores pudo armar y fortalecer convenientemente (6).

El conde de Oñate que acechaba, para aprovecharse sin dilación, todos sus desaciertos, viéndolo ocupado en aquella inoportuna empresa, pensó al momento en hacer una salida de los castillos, publicando la paz, pero dispuesto á la guerra si hallaba resistencia en el pueblo. Reunió inmediatamente un consejo de guerra presidido por el señor don Juan de Austria, y consultó con él la operación, confesando que era osada y que podía ser de gravísimo riesgo. Acostumbrados todos los concurrentes á la paciencia ejemplar y nimia circunspección del duque de Arcos, y empujados en sus máximas, creyeron imprudente y demasiado arrojada la determinación; pero el príncipe don Juan, cuyo ánimo generoso no estaba muy satisfecho con tanta espera, y el anciano don Dionisio de Guzman,

(5) Comte de Modène.  
(6) De Santis. — Comte de Modène.